

CAPITULO VII

CONSIDERACIONES SOBRE LOS EJERCICIOS DE SAN IGNACIO

No puede negarse que Ignacio ha estudiado la naturaleza humana; mas para contrariarla y destruirla. El exceso de todos sus ideales y propósitos, la exageracion de todas sus creencias, la violencia de todos sus medios, conducen á todo lo contrario de lo que busca con tanto afán, á lo contrario de la virtud y de la verdad. No puede negarse que la soledad y el retiro, periódicamente aceptados, convidan á la reflexion y allegan la ciencia; pero convertidos en un apartamiento sistemático del mundo y en una indiferencia cruel por las cosas creadas, llegan á convertirse por necesidad en un horrible suicidio. La dualidad del hombre manifiesta nos ha de servir para intentar el equilibrio y armonía entre sus facultades casi contradictorias y la correspondencia entre sus fines temporales y sus fines eternos. Como tiene la criatura humana su naturaleza material y su naturaleza espiritual, tiene tambien su naturaleza individual y su naturaleza social. Prescindid de la naturaleza individual, y hareis del hombre un esclavo; prescindid de la naturaleza social, y hareis del hombre un salvaje. Pues de igual suerte, prescindiendo de la naturaleza material del hombre, lo convertís en un asceta inútil, y prescindiendo de la naturaleza espiritual, en una bestia dañina. Yo no sé cómo se las ha compuesto San Ignacio, pero sé que su doctrina peca por todos lados, puesto que se precipita en todos los extremos. Huyendo de una exaltacion del individuo, sobrado grande, concluye por exaltar la sociedad hasta convertirla en una verdadera tiranía: que no otra cosa sino una sociedad tiránica, cruel, horrible, absorbente, inverosímil por lo absurda, es su nefasta compañía. Y lue-

go, despues de haber exagerado así la sociedad, exagera el individuo, y lo hace, por separarlo del mundo y de la vida, por recluirlo en sí mismo, por entregarlo á la soledad de una meditacion fantástica y á las contemplaciones de un mundo imaginativo é imaginado, lo hace al hombre, íbamos diciendo, un sér abstracto, la cifra de un cálculo, la niebla de un misterio, el sumando de una suma imposible, la mas abstracta é inverosímil de todas las abstracciones. ¡Ah! Es su teoría una teoría verdaderamente asiática, por el escollo doble sobre cuyas estrías á un mismo tiempo llegan á estrellarse y perderse la sociedad y el individuo.

Admirable por sus divisiones y subdivisiones, por los sútiles nexos con que une la serie sistemática de sus ideas; el sistema de San Ignacio es inadmisibile como aplicacion á la vida. Esas previsiones de cuanto haya de suceder en un día, en un mes, en una cuaresma, en toda la vida; esa reglamentacion de los actos y de los pensamientos contradice por completo la naturaleza humana y no deja resquicio alguno á la espontaneidad natural de los individuos y á la variedad riquísima de los caracteres y de las aptitudes. Podrá formarse así un organismo artificioso, pero no podrá formarse un organismo natural. En las instituciones de disciplina y de deber que la sociedad humana establece para su conservacion ó para su defensa, exígense grandes sacrificios de la libertad individual, como en el ejército, por ejemplo, pero sacrificios temporales, sacrificios transitorios que no pugnan ni con la familia, ni con el Estado, y que crecen ó menguan segun el conjunto de las circunstancias y el mayor ó menor número de los peligros. Mas esa obediencia perenne á un superior inaccesible; y ese absoluto sacrificio de la propia personalidad, no entran, no, en las condiciones esenciales de la naturaleza humana. La reglamentacion absurda de todos los actos de la vida conduce á instituir colegios de sacerdotes mecánicos, iguales á los yhoguis indios. Toda sociedad humana que se adscribe á la letra inmóvil de un libro irreformable y sacro, concluye por petrificarse y descender al estado de las especies desaparecidas en los antiguos terrenos del planeta, confundidas ya por su petrificacion secular con los frios é inertes minerales. La vida es movimiento, y el movimiento es calor, y el calor es fuerza creadora, y la fuerza creadora es evolucion perpetua, y la evolucion perpetua es cambio, metamorfosis, pro-

greso. Ni el fisiólogo mas profundo, aunque conozca la complexion general de los temperamentos, puede predecir todas sus determinaciones individuales por las diferencias que resultan de las circunstancias varias y de las combinaciones múltiples; ni el filósofo mas conocedor de la naturaleza humana puede calcular todos los movimientos á veces arbitrarios de la voluntad individual. La reglamentacion minuciosa de la vida humana, sin atender á la variabilidad infinita de los caracteres, y la sumision de todo el sér á una superior implacable autoridad, son quizá los dos mas graves errores en que la Compañía se ha fundado. Así, notadlo, el jesuita llega, por su aspecto, por su sombrío carácter, por la servidumbre de su conciencia y de su pensamiento, á parecer un sér extraño á las sociedades humanas y aun ageno á la misma humanidad en esencia. Sucédele, por necesidad, lo que á todos cuantos, por cualquier camino, quieren colocarse orgullosos y soberbios sobre la humanidad: se colocan al fin y al cabo, fuera de la humanidad. Su rigurosa disciplina, su servil obediencia, la incontrastable autoridad que ponen arriba, la increíble servidumbre que ponen abajo, pueden servir para iniciar en la religion de Cristo á una sociedad primitiva, pero no pueden servir para conservar en la religion de Cristo á una sociedad civilizada y madura. Grandes misioneros en los pueblos salvajes, pésimos organizadores cuando esos pueblos se les entregan y se les rinden. Podrán recorrer, sin conmoverse al peligro, los mares infestados de piratas; podrán penetrar con su sotana de negro merino y su Crucifijo de blanco marfil en los desiertos de Asia y en las selvas de América; pero dádles á organizar una sociedad cualquiera, la sociedad del Paraguay, por ejemplo, y vereis como la conservan en una infancia bárbara, por un error semejante al que cometeria la madre, desconociendo las exigencias de cada edad y lactando sus hijos á los doce años como los lactaba dulcemente á los doce meses. San Ignacio ha desconocido que así como en la física el gran resorte, y el gran agente, y el gran motor es la fuerza, en la naturaleza moral é intelectual á su vez, el gran resorte, y el gran agente, y el gran motor, es la libertad. Lo ha calculado todo en su compañía, todo lo ha previsto; le ha puesto á cada movimiento del espíritu una ley externa y á cada vuelo del pensamiento una externa idea; le ha regulado desde la vigilia hasta el sueño; le ha dicho lo que ha de reflexionar en

sus meditaciones y lo que ha de ver en sus éxtasis; le ha sometido á una obediencia ciega y á una superior autoridad absoluta; y luego, con todo este aniquilamiento de conciencias, de voluntades, de complexiones, de caracteres individuales, ha conseguido una gran fuerza, pero fuerza mecánica, la cual se ha estrellado y perdido, en cuanto se ha visto frente á frente de otra fuerza superior, frente á frente de una idea.

Así como desconoce la naturaleza individual del hombre y perturba su naturaleza social, así como somete la conciencia, de suyo incoercible, á fuerzas coercitivas, disminuye la natural autoridad de la razon y aumenta y aun exagera la competencia de los sentidos. Todo ese empeño de trazar á la inteligencia el objeto exclusivo de sus meditaciones, todo él estriba en el propósito firme de apagar poco á poco su espontaneidad. Ya sabe de antemano el alma humana por dónde ha de ir y á dónde ha de ir. No le deja, ni que busque por sus propias inspiraciones, por su propia luz, el racionio y el argumento en que ha de basarse la creencia, para unirse mas estrechamente con el dogma. Le dá, como si el entendimiento fuese un eterno niño, comida intelectual mascada. Y luego ese afan de que los sentidos lleguen á donde no pueden llegar; y de aquí que los sentidos representen lo que no pueden representar; y de aquí que los sentidos sean lo que no pueden ser; revela en el método un inexperto empirismo, y en la doctrina una grosera sensualidad. ¿Qué me quereis decir de esa resurreccion de Cristo, la cual se percibe por el paladar como cualquier bazofia de convento? Los misterios no se piensan, no se razonan; se ven, se oyen, se huelen, se comen y se digieren. Este trastorno de las facultades intelectuales y esta subversion de la gerarquía espiritual, no tienen mas objeto que matar la razon y la conciencia para mejor apercibir el hombre á la servidumbre. Si despertara mucho la razon, concluiría la razon despierta por ver la verdad; si alimentara las facultades intelectuales, concluirían las facultades intelectuales por buscar su derecho y encontrarlo en su libertad, como los graves, abandonados á sí mismo, encuentran su centro. La sobrecitacion de los sentidos, la materialidad sensual de las contemplaciones, el relieve absurdo dado á las ideas místicas, la transformacion de los dogmas en esencias y en manjares, prueban cómo la parte material de nuestro sér se sobrepone á la parte moral é

intelectual en el jesuitismo á fin de convertir las criaturas inteligentes, libres, morales, en instrumentos ciegos de una fatalidad implacable, sujetos á la obediencia y á la servidumbre absolutas, como los cuerpos inertes á las fuerzas mecánicas del Universo.

Luego, la idea cósmica de San Ignacio es una idea completamente falsa. Ni Dios ha creado los séres exclusivamente para su glorificación, ni la tierra y todas las criaturas para que sirvan de ciego instrumento á los fines del hombre. Tal concepto de Dios, le trastrueca en una especie de tirano soberbio que gusta de tener muchas criaturas para tener muchos cortesanos, y que hace del Universo el templo de su envanecimiento. No, no ha sido creado el Cosmos con la única idea de que muestre la omnisciencia y la omnipotencia de Dios. Resulta su inconmensurable, su infalible, su omnisciente sabiduría de la proporcion y medida que tienen todas las cosas, del orden divino que guardan todas las criaturas, del enlace armonioso entre todos los séres que se hallan unidos por una serie ideal, de la gravitacion que suspende unos mundos de otros y los armoniza todos como una grandiosa escala música, de los caracteres sistemáticos por los cuales se distinguen las especies, de la hermosura que hay encerrada en el maravilloso tejido y urdimbre con que están compuestas las formas, del vuelo que toman las ideas, del infinito material y moral que por todas partes nos circunda; pero no puede, no debe decirse que todo eso ha sido creado por Dios con el único objeto de que lo recree y de que lo ensalce, como crea cualquier tirano sus soberbios palacios y sus grandes monumentos. Y mucho menos puede con razon decirse que todas las criaturas y todas las cosas están de tal suerte sometidas al hombre que no tienen otro fin sino servirle de dócil instrumento. No, hay muchos, muchísimos séres, que están por nuestro mal, no ya léjos de nuestras manos, sino fuera ¡oh dolor! de nuestro alcance. Confinados en esta partícula del Universo, en este opaco átomo, vemos allá, en lo infinito, miriadas de mundos y de soles, que ni siquiera conocen nuestra mísera existencia, Cada día el telescopio descubre algun astro no sospechado siquiera por nuestros sentidos, aunque nos muestre con sus experimentos maravillosos el espectro solar, la unidad del Universo. Y no podemos decir, sino achicando la Creacion hasta convertirla en nuestra casa y reduciendo las cria-

turas todas en esclavos y domésticos nuestros, que ardan las estrellas tan solo para iluminar nuestras noches. No, la Creacion tiene fines mas altos que aquel fin reducido y estrecho á su vida y á su sér imaginado por San Ignacio. Si la Creacion fuese un instrumento de nuestro poder solamente, no tendria deberes el hombre con la naturaleza, como realmente los tiene. En vez de trasformarla, podria destruirla tiránicamente á su real arbitrio. No le deberia, como le debe, aquel santo tributo de trabajo que la pule y la hermosea y la compenetra por todos sus poros del humano espíritu. Esa constante idea de la glorificación de Dios por el hombre y del sometimiento ciego de las criaturas á la humana voluntad, resulta, despues de una disquisicion reflexiva, el panteismo materialista en que todos los séres desaparecen con su individualidad propia, reinando solamente la fuerza.

Y si decimos esto de los conceptos cósmicos de San Ignacio ¿qué no diremos de sus otros conceptos sobre la indiferencia que debe tener el hombre por las cosas creadas? Tanta indiferencia resultará indefectiblemente una complicidad con todos los crímenes y un asentimiento á todos los errores. No puede sernos de ninguna manera indiferente la salud. El hombre tiene un deber estrecho de conservar, embellecer y fortificar su cuerpo. No puede sernos indiferente la sociedad en que vivamos. Decirle á la humana criatura que se alze de hombros cuando vea la esclavitud, la tiranía, la guerra, es tanto como decirle que renuncie al empleo mas noble de sus altas facultades y al mas riguroso de sus deberes morales. Indiferente que la familia tenga esta ú otra dignidad, que el Estado tenga esta ú otra forma, que la ley tenga esta ú otra fuerza, que el derecho tenga mayores ó menores áncoras, que el arte reciba de la inspiracion mayor ó menor hermosura, que las instituciones se ajusten ó no á un ideal de progreso; indiferentes tantos ideales de justicia, cielos tan dilatados del pensamiento humano, cosas tan caras á la vida ¡oh! es caer en la utopia que paraliza los movimientos naturales del humano linaje y convierte nuestro planeta en una misérrima celda. No puede sernos indiferente ni el átomo de pólen que se desprende del pétalo de una rosa, ni la invisible figurilla del pobre infusorio que se mueve y agita en una gota de agua. No puede sernos indiferente ni la piedra del camino. ¿Y habrán de sernos indiferentes nuestros conciudadanos, su vida, su honra, su fortuna?